

LA COMPAÑÍA

(Real como la vida misma)

El mes de mayo se estaba presentando esplendoroso, haciendo gala de sus merecidos tópicos de florido, luminoso y radiante.

A las siete y media de la mañana, conducía aquel jueves un poco nervioso. Había salido de casa con el tiempo algo justo, lo que no era habitual en mí, y debía estar en el despacho antes de las ocho. Nadie me diría nada si llegaba más tarde; pero ello me restaba fuerza moral para llamar la atención, yo tampoco, a ninguno de mis colaboradores que pudiera perder el hábito de ser puntual.

Bajaba por la carretera de Collserola, conduciendo pausadamente y contemplando un espléndido mar, que se acercaba sereno a los pies de Barcelona, como cada mañana, para darle los buenos días.

Sabía que tenía aún dos grandes obstáculos que superar: El entrar a la ciudad, cuya intensidad de tráfico era una incógnita diaria, y el encontrar un lugar donde estacionar el coche hasta la tarde. Afortunadamente la suerte me acompañó para superar la primera dificultad, y un tráfico abundante, pero fluído y sin retenciones, me fué llevando en su seno hasta las proximidades de la oficina, en el Ensanche barcelonés.

Frente a la puerta de L'Aixopluc me hallaba a las ocho

menos diez. L'Aixopluc es uno de los restaurantes de campanillas de la ciudad, con guardacoches y recepcionista de uniforme y gorra de plato. Yo estoy acostumbrado a pasar frente a él a primeras horas de la noche y allí hay siempre retenciones de tráfico. Carece de garage propio y los primeros clientes aparcan junto a él correctamente, pero los siguientes llegan, abandonan el coche y entregan las llaves al guardacoches para que él se arregle como pueda.

El caso es que, hasta altas horas de la noche, hay frente a este local un cierto barullo, entre el movimiento obligado de los coches allí retenidos y las lógicas protestas de los que circulan por la calle, a causa de las molestias que reciben. A primeras horas de la madrugada cesa su actividad y abandonan el lugar los coches de clientes y empleados. A esas horas los vecinos ya están durmiendo y, por esta razón, permanecen algunos metros de calle, junto a la acera, vacíos toda la noche, en una ciudad en la que cada vez es más difícil encontrar un aparcamiento sin pagar por ello una tarifa especial.

Los más madrugadores, de los que a diario acudimos en coche a trabajar a esta zona, conocemos este hecho, y nos pasamos por L'Aixopluc (El Refugio), y nunca mejor aplicado el nombre, en busca de esa posible plaza libre en que dejar reposar el coche hasta acabar el horario laboral.

Esta es una importante razón por la que yo suelo salir de casa bien temprano y, con frecuencia, tengo la suerte de poder aparcar aquí directamente, sin necesidad de dar una o varias vueltas por las calles que circundan la manzana de mi oficina,

en busca de alguna plaza libre, antes de tener que meter el coche en alguno de los garajes públicos, con el consiguiente gasto.

En contra de mis previsiones, ya que era algo más tarde de lo habitual, quedaba una plaza libre, justo la que ya tocaba al paso de peatones; me aproximé y, situado en paralelo junto a ella, tomé las medidas; era un poco justa, pero arrimándome bien al coche de atrás podría aparcar sin invadir el paso de peatones. Así lo hice y retrocedí hasta tocar ligeramente aquel coche; descendí para observar la situación y comprobé que el parachoques delantero caía exactamente sobre la línea que delimitaba el paso de peatones. El coche de atrás lo tendría muy mal para maniobrar en estas condiciones; por ello procedí a avanzar un palmo sobre el paso de peatones, lo que no molestaría lo más mínimo a los que cruzasen la calle por ese punto durante el día y, en cambio, hacía de esta manera un gran favor al conductor de aquel coche si, a lo largo del día, tenía que salir de allí.

Marché a pie a la oficina, que no distaba más de cinco minutos y faltaban ocho para las ocho. Por el camino fui haciendo memoria de los asuntos que me esperaban para el día.

Hay que decir que yo trabajo como Jefe de Aprovisionamientos de una mediana empresa del sector químico, que tiene dos plantas de producción en sendos polígonos industriales, en las ciudades de Barberá, junto a Sabadell (Barcelona), y Reus, en Tarragona. Las oficinas centrales están en Barcelona, en la calle de Córcega, que es el límite entre el

Ensanche barcelonés y el barrio de Gracia, barrio que sube por la falda de la sierra de Collserola hasta donde el Parque Natural protegido se lo permite. En esta oficina de Barcelona trabajamos quince personas, de las poco más de ochenta que actualmente formamos la empresa.

El jueves de marras, entre el trabajo de rutina, esperaba la visita de uno de nuestros principales proveedores, que andaba intentando imponerme un aumento de precios que yo no podía aceptar; el mercado no estaba para repercutir en nuestros productos aumentos generados por nuestros proveedores sin pérdida de ventas, y tampoco podíamos permitirnos poner en riesgo nuestras ventas por un aumento de precios inapropiado. La estabilidad de la empresa exigía el ser muy riguroso.

Recibí la anunciada visita; el Jefe de Ventas de nuestro proveedor venía acompañado de su delegado en la zona, y me ví obligado a pactar con ellos un aumento de tarifas superior al que yo hubiera deseado, aunque inferior al que ellos pretendían; tal como suele hacerse en las buenas negociaciones, donde las dos partes salen con espíritu de victoria, y convencidos de que se alcanzó el mejor acuerdo de los posibles.

En los días siguientes tendría que introducir los precios acordados en nuestros cálculos de costos para conocer la repercusión que tendrían sobre el precio de nuestros productos y, en función de éso, dar o no la aceptación definitiva a los precios provisionalmente pactados.

Completé mi jornada laboral con otros asuntos de menor

calado y tuve especial cuidado en terminar mi trabajo, por la tarde, bastante puntual, como no era habitual en mí; normalmente no me importaba entregar a mi empresa más tiempo del que se me pedía, a cambio de gozar con el íntimo sentimiento de que mis obligaciones laborales estaban bien atendidas, y eso lo valoraban mis colaboradores.

Marché para llegar pronto a casa, donde Amparo, mi mujer, estaría empezando a organizar las cosas para la noche, pues vendrían a cenar los Estrada, José Luis y Carmen, para preparar juntos las vacaciones del ya próximo verano.

Amparo me había pedido que llegase pronto, si podía, para aligerarla un poco de la sobrecarga de trabajo que representaba la visita anunciada. Había confianza con los Estrada; pero aún así, cuando los visitábamos o recibíamos su visita, tanto Carmen como Amparo se esforzaban por dejar sus respectivos pabellones bien altos, cosa que agradecíamos en silencio los maridos.

Estas reflexiones me hacía camino de L'Aixopluc, donde había de recoger el coche para regresar a casa.

Giré la esquina y el restaurante quedaba al otro lado de la calzada, a treinta metros escasos de mí. El paso de peatones estaba aun más cerca y yo debía cruzarlo para alcanzar el coche. Me acerqué a él lo suficiente como para ver primero el semáforo de la acera de enfrente y después los peatones esperando frente al mismo.

¡¡Pero el coche, mi coche, no estaba allí!!.

Aceleré el paso y pude ver que el lugar de mi Peugeot 406 blanco lo ocupaba un Renault R-5 rojo, al que aún le sobraba medio metro largo de calle para llenar el espacio hasta el paso de peatones. Rojo era también el semáforo de peatones que me impedía cruzar, y roja la sangre que me subía a la cabeza, empujada por un ritmo más vivo y más intenso que el habitual al que trabajaba el corazón en mi pecho. Hasta unos momentos antes no advertí su existencia, y fue exactamente al ver el R-5 rojo cuando noté que el corazón se me hacía presente y golpeaba en el pecho y en las sienes con insistencia.

Este maldito semáforo se hacía esperar una eternidad. Cuando el verde de los vehículos cambió a naranja, ya me eché a la calzada, que crucé atropelladamente; total, para nada; para detenerme en la acera de enfrente junto al sitio en que dejé a la mañana mi Peugeot blanco.

Inmediatamente descubrí lo que había sucedido. A dos pasos de mí, encima del bordillo de la acera, había un triángulo de papel de un amarillo chillón, etiqueta autoadherida a la piedra, con un mensaje entre letra de imprenta y bolígrafo: "El coche matrícula B-0703-IV ha sido retirado por la grúa municipal. Información al teléfono ...".

Me acordé de la maniobra de aproximación al paso de peatones que había hecho por la mañana. ¡Imbécil de mí!; el coche al que había querido facilitar la maniobra permanecía aun aparcado detrás del R-5 rojo.

Arranqué sin dificultad la etiqueta y miré a mi alrededor en busca de una dirección adecuada hacia donde encaminar mis atropellados pasos.

En el cruce contiguo, dirección mar, había dos semicabinas telefónicas, formadas por una mampara central y dos pequeñas consolas con su correspondiente aparato telefónico y una banda superior en la que se leía: "Teléfono público", y debajo, como subtítulo: "urbano, interurbano e internacional".

Yo sabía de la existencia de estos teléfonos por la frecuencia con que pasaba a pie junto a ellos, aunque no los había utilizado nunca. Hacia ellos me dirigí con cierta prisa con la idea de normalizar lo más rápidamente posible mi situación, pensando en el compromiso que me esperaba en casa.

Cuando me hallaba a unos metros, ya pude observar que el teléfono que se encontraba a este lado de la mampara no funcionaba, o mejor dicho, lo que vulgarmente llamamos el teléfono, la unidad que incorpora auricular y micrófono, no existía. Un fuelle metálico y flexible pendía libremente y, por su extremo inferior suelto, asomaban los cabos, también sueltos, de los cables conductores.

Rodeé la mampara en busca del otro teléfono; descolgué y no tenía tono; pero tal vez sería problema de alimentación; saqué unas monedas, las introduje en la ranura correspondiente y acudió el tono al aparato. Marqué el número que indicaba el aviso dejado por la grúa y dió señales de llamar; una, dos y, a la tercera llamada, un ruido metálico intestino indicó que el

aparato ingería monedas; pero nadie contestaba al otro extremo del hilo telefónico; la señal de llamar se interrumpió y en su lugar se instaló un pi, pi, pi, pi, pi, pi... discontinuo y rítmico, indicativo habitual de línea ocupada.

Era evidente que alguien había manipulado al otro extremo y, como consecuencia, yo había perdido la señal y unos duros, ya que al colgar sólo recuperé dos de las tres monedas de veinticinco pesetas usadas en la operación. Algo no había funcionado correctamente. Tomé las dos monedas devueltas y las volví a introducir para tratar de mejorar mi suerte. Dos jóvenes me observaban a prudente distancia, esperando que yo acabase de usar el aparato para hacer ellos lo propio a su vez.

Volví a marcar el número, manteniendo con la otra mano el auricular y el fatídico triángulo amarillo, al que ya miraban también, entre irónicos y compasivos, los dos jóvenes que esperaban su turno para llamar.

Oí la señal de llamada hasta cuatro veces y finalmente las tripas del artefacto sonaron a caída de metales y cesó la señal. Menos mal; alguien había descolgado y atendía mi llamada.

-¿Oiga?

-Un momento -. Era una voz masculina y autoritaria.

Yo esperé un momento; sólo un momento, pues al instante siguiente volvió a sonar el monótono pi, pi, pi, pi, pi, pi...

-¿Oiga?, ¿oiga? - Y más fuerte: - ¿Oiga?.

-Pi, pi, pi, pi, pi, pi...

La llamada había terminado. Algún diablo telefónico así lo había decidido, y yo quedaba allí inerme, con mi cara de bobo, sujetando en una de mis manos aquel aparato caprichoso y aguantando con la otra mi triángulo amarillo, como si de un tótem se tratase; en efecto, aquel triángulo era para mí el título de propiedad y la llave que me llevaría a mi coche.

Esta vez no recuperé ninguna moneda al colgar. Dí media vuelta descorazonado y haciendo visibles esfuerzos para controlar mi ánimo contrariado. Detrás de mí, ahora delante, había ya un nutrido grupo esperando. A los dos jóvenes se había unido una chica veinteañera y una pareja de mediana edad.

-Esto no va del todo bien. ¿Saben ustedes si hay algún otro teléfono cerca? - dije buscando ayuda.

En general respondieron con encogimiento de hombros, al que añadió la veinteañera:

-En la calle de abajo hay otras dos cabinas, pero yo vengo de allí porque no funcionan.

-Pues éste parece que funciona-añadí yo de buena fe-; pero me he quedado sin monedas y necesito cambio, si me permiten un momento, porque no tengo más remedio que llamar a este teléfono. Esto último dije enseñando mi triángulo amarillo; todos lo habían visto ya, por lo que era inútil esconder mi vergüenza. Y por otra parte yo necesitaba comprensión y solidaridad ante mi desgracia.

Me separé y entré al bar inmediato, donde con sólo enseñar mil pesetas (el mundo del euro estaba aun por llegar) y hacer

un leve gesto adivinaron cual era mi deseo y me atendieron enseguida.

Volví con mi fresca provisión de monedas hacia la cabina donde los dos jóvenes y, tras ellos, los demás aguardaban mi vuelta, respetando mi prioridad en el uso del aparato.

Esta vez fuí más cauto; introduje una sola moneda por si acaso. Si la cosa funcionaba-pensé-podría introducir más, las que fuesen necesarias, que a tal efecto tenía preparadas en el bolsillo de mi americana gris, al alcance de la mano.

Pero era esperar demasiado. Tras el ruido, ya familiar, de la caída de la moneda al vientre del aparato, desapareció toda señal de actividad, y con ello mis cinco duros.

Me notaba estar algo nervioso, con aquel triángulo en la mano, aquella gente pendiente de mis manipulaciones con el teléfono (ya había dos o tres personas más; no podía distinguir cuántas en total) y el dichoso artilugio que no acababa de decidirse a colaborar en la solución de mis problemas.

Colgué el auricular con una cierta rabia y ganas de abandonar la escena; pero se me encendió como una luz en la mente y volví a descolgar.

-Si antes ha funcionado y hasta han contestado - me dije para mis adentros mientras descolgaba - ¿por qué ahora no?. Tal vez he sido demasiado tacaño y necesita dos monedas de veinticinco, como antes, y las tengo conmigo, así que pruebo

suerte otra vez.

Las personas que esperaban habían acortado su distancia a la cabina y estaban casi encima de mí, tan interesadas como yo en el desarrollo de los hechos.

-¿Qué pasa, funciona o no? - dijo, adelantándose a los demás, el señor de mediana edad.

-No sé-respondí-; parece que sí; antes han contestado y voy a intentarlo de nuevo.

Puse las dos monedas y volví a marcar, pero ahora no daba señal alguna de llamar. Aguardé unos segundos y nada.

Colgué; recuperé las monedas, esta vez sí y, animado por este gesto de generosidad del aparato, volví a empezar.

Uno de los jóvenes me indicó:

-Si no da llamada, apriete ese botón.

Había, en efecto, un botón que decía no sé qué de la operadora.

Descolgué y no había tono. Introduje las dos monedas por la ranura y tampoco. Apreté el botón y no pasó nada perceptible. Marqué al azar una serie de números en busca de que apareciese el deseado tono, al tiempo que mantenía el auricular pegado al oído para no perderme cualquier novedad que surgiese.

De pronto, la ya conocida música metálica, me anunciaba que acababa de perder otros diez duros porque no había marcado el

número deseado y, aunque alguien contestase, sería inútil. Aguardé un instante; al otro lado parecía haber alguien y había que comprobarlo:

-¿Oiga?.

-Buenos días, señor-. Era una voz femenina, dulce, cálida y, a buen seguro, joven. Pero debía tomarme el pelo; eran las cinco y media de la tarde y ninguna persona sensata responde a estas horas con un "Buenos días, señor".

-¿Oiga?.

-Diga, señor.

Mi pregunta fue como un cañonazo. Su respuesta era envolvente, amable. Era todo un bálsamo para mi ánimo bastante excitado ya a esta altura de los acontecimientos.

-Señorita-dije en un tono seco, pero educado-, estoy intentando llamar a la grúa municipal, y usted parece burlarse de mí con su saludo.

-Disculpe, señor. ¿Desde dónde llama usted?.

-Estoy en una cabina pública, señorita,-y con un marcado retintín añadí-: en Barcelona.

Volvía a enfurecerme. ¿Qué le importaba a ella desde dónde llamaba yo?.

-Tanto gusto, señor. Nosotros somos la Sociedad Colombiana de Eximport, en Bogotá, y son las once y media de la mañana. Siento mucho, señor, no poder ayudarle. Parece estar usted en un apuro, señor. Suerte y buenos días, señor.

-¡Señorita!-. Mi tono ahora era entre sorprendido y suplicante.

-Pi, pi, pi, pi, pi, pi...

No me permitió disculparme y me puse furioso, ahora conmigo mismo, por mi actitud grosera. Yo estimo en mucho mi porte y buenos modales, de hombre bien educado.

Colgué el auricular, pero no abandoné la cabina; algo de nuevo y positivo había aportado la situación. El teléfono parecía funcionar ahora.

Tomé de nuevo dos monedas y empecé una vez más la operación, poniendo un cuidado especial en marcar correctamente las cifras escritas en el aviso de la grúa. Hubo tono, y llamadas, y correr de las monedas dentro del aparato, y el rítmico pi, pi, pi, pi, pi, pi...

Colgué y no hubo devolución de las monedas. Aquel voraz aparato era capaz de engullir cuantas monedas se le diesen sin prestar a cambio ningún servicio útil.

No pude controlar más mi furor y dí rienda suelta a mi ánimo enloquecido; hoy me avergüenzo al recordarlo, pero de no haberlo hecho podría haber sido víctima de un infarto o de algo peor, tal vez una muerte súbita.

Abandoné el triángulo amarillo en el bolsillo de mi americana y me abalancé, con mis dos manos libres, sobre aquel enemigo público.

Descolgué de nuevo y dí un tremendo tirón hasta quedarme con aquel maldito ingenio en las manos, libre de su cordón

umbilical. Golpeé con él contra aquella caja diabólica que tenía el vientre lleno de dinero robado a ingenuos ciudadanos. Golpeé hasta que se rompió en mis manos aquella improvisada herramienta, y entonces la lancé contra el suelo.

Las personas que hacían cola, esperando su turno, se habían separado un poco para no ser víctimas ocasionales de mi cólera, y formaban un semicírculo a mi alrededor; algunos peatones, curiosos ante el barullo, acudieron a engrosar el grupo de espectadores, alcanzando un número que no soy capaz de evaluar.

Me volví a ellos y, como un reto, lancé al espacio:

-Acabo de librar a todos ustedes de un seguro riesgo de infarto.

Y avancé abriéndome paso entre los congregados. A mis espaldas oí algunos aplausos y también algún comentario despectivo:

-Gamberro, a su edad...

No tuve valor para responder ni para buscar otra cabina desde donde llamar (los teléfonos móviles, los llamados telefonillos, estaban aun por popularizarse en nuestro país).

Me pasó por la cabeza, pero la rechacé inmediatamente por inoperante, la idea de reclamar a la Compañía, por el desarreglo que me producía al no poder usar un servicio público tan elemental; ni siquiera me planteé la posibilidad de exigir la devolución del dinero que yo había entregado a cambio de un servicio nulo. ¿Para qué? ¿Cómo demostraría yo que había

ocurrido lo ocurrido?. Si acaso me identificaba, lo primero que harían sería exigirme el pago del equipo destrozado... Y, bien visto, en este punto no les faltaría razón; pero es que ...

Nada. No hice nada. Bueno, sí. Tomé el tren y volví a mi casa en Sabadell, sin poder apartar de la mente la aventura vivida. Otros remotos recuerdos, sin aparente relación con lo que acababa de ocurrirme, acudían también a mi memoria en el viaje de regreso, cómodamente sentado, mientras el tren, como huidiza lombriz de tierra, se metía en la montaña de Collserola, que culmina el templo del Tibidabo; esa montaña que protege a la ciudad de los vientos más fríos y pone freno a su continua expansión.

Yo tuve algunas relaciones en mi infancia y juventud con tres cuencas mineras del sur de España, antes de venirme a inicios e los sesenta, aun soltero, a la industriosa ciudad de Sabadell. Estas comunidades mineras fueron:

Las minas de hierro en la Sierra de los Filabres (Almería), las de plomo en Linares (Jaén) y las de pirita en Riotinto y Tharsis (Huelva).

En los tres casos, los mineros, aquellas gentes sencillas y endurecidas por la vida, cuando hablaban de la empresa a la que prestaban sus servicios y para la que vivían todos los días de su vida, utilizaban la misma palabra: La Compañía.

La Compañía era mucho más que una empresa al uso actual. No tenía alma, y sí un corazón duro, con el que regía y gobernaba

a su antojo toda la vida social de las comunidades mineras.

Cuando alguien criticaba a la Compañía lo hacía en voz baja, pues la Compañía tenía oídos finos y tentáculos que llegaban a todos los rincones...

Y cuando la Compañía conocía por cualquier cauce que alguien no le amaba lo suficiente, o no se entregaba a ella con toda su alma, sin reservarse ni un rinconcito para sí, su reacción era implacable, hasta hacer que el ingrato mordiera el polvo o tuviera que huir despavorido fuera de sus dominios.

La Compañía no tenía alma (ya lo he dicho y no está demás el repetirlo), ni sangre en sus venas, por las que corría sólo hierro o plomo, según los casos; pero exigía de sus empleados y familias, hasta la tercera generación, que tuvieran para ella un corazón tierno y entregado a su causa.

Bien pensado-pensé entonces y aun creo-, tal vez tuvieran estos recuerdos alguna estrecha relación con la experiencia que acababa de vivir, pues de otro modo no me explico cómo acudieron a mí desde su lejano pasado, en mi viaje de vuelta a casa, derrotado por la conducta caprichosa de un ingenio diabólico, de apariencia frágil, pero que impone, inflexible, su voluntad de hierro.

Llegué a casa y me enfrasqué en la cocina, que me hizo olvidar momentáneamente mis recientes desgracias.

Después de una apetitosa y bien regada cena, relaté, ya de

mejor ánimo, mi peripezia a mis contertulios, mi esposa y los Estrada, quienes me animaron a poner por escrito la aventura como terapia para curar las secuelas que hubiera podido dejar en mí, y también para prevenir a ingenuos de caer en las redes de tales compañías.

Así lo hago, aunque no sin tomar mis precauciones. Como medida de prudencia, no sea caso que algún Jefe de Servicio de la Compañía quiera ponerse una medalla a cuenta de mi piel, este relato va firmado con pseudónimo.

Kalikatres, suicida esperanzado.